

El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo

Jeffrey Sachs
Barcelona, Debate, 2005
549 páginas

A Jeffrey Sachs le salen detractores, por la izquierda y por la derecha, a una velocidad inversamente proporcional a los avances para financiar el logro de los Objetivos del Milenio. Las más recientes, y quizás las más consistentes, son las del economista Jagdish Bhagwati, autor del libro *En defensa de la globalización*, que le acusa de mezclar en su campaña las buenas intenciones con la ignorancia, y cuya consecuencia sería perjudicar a las poblaciones a las que se pretende ayudar¹. El libro que comentamos ha espoleado aún más estas críticas en la medida que el economista estadounidense ha decidido unir a su campaña para conseguir el aumento de la ayuda financiera directa a África, a estrellas mediáticas como el cantante de U2, Bono Vox, que además escribe el prólogo al *Fin de la Pobreza*.

El voluminoso libro puede ser rápidamente diseccionado a pesar de que su tamaño pueda asustar al lector temeroso de toparse con una obra farragosa, densa y cargada de datos, estadísticas y curvas econométricas. Nada más alejado de la intención del autor, que reconoce abiertamente su propósito de explicar cómo podría ocurrir el fin de la pobreza y la posibilidad de que nuestra generación pueda erradicarla hasta el año 2025.

Aunque no se encuentre estructurado así, el libro contiene tres partes claramente diferenciadas. Un primer bloque, que abarca hasta el capítulo cuarto, nos presenta un “retrato de familia mundial” con diferentes ejemplos de países que han fracasado en su intento de subir la escalera del desarrollo y de otros que ya han puesto el primer pie o que, como en el caso de China, suben los escalones de tres en tres. Después de caracterizar a los pobres, quiénes son y dónde están, Sachs avanza en su obra gracias al recurso de la historia económica, es decir, al análisis de los factores y causas explicativas de la extensión de la prosperidad económica desde el siglo XIX. Si a algunos les fue muy bien, a otros no les fue dado prosperar por sus carencias en materia de ahorro, por las dificultades para comerciar, por la ausencia de tecnología, por la disminución de los recursos naturales, por padecer trastornos en forma de enfermedad o desastres naturales, por presentar altas tasas de crecimiento demográfico, etc.

1. Una síntesis de las críticas de Jagdish Bhagwati – “no hay que dar más ayuda a los países pobres” – en <http://www.periodistadigital.com/periodismo/object.php?o=330393&print=1>

Pero este proceso no fue lineal ni homogéneo. Mientras que unos que eran pobres consiguieron crecer, otros sufrieron una decadencia y algunos más, como los países de renta media de Latinoamérica, se estancaron. El principal desafío para todos, nos cuenta Sachs, es superar la trampa de la pobreza y para ello, los países pobres tuvieron que echar mano de la “economía clínica”, es decir, tuvieron que recurrir a una “economía del desarrollo” que no siempre se caracterizó por el rigor, la perspicacia y el sentido práctico. Como nos dice el autor, esta economía se parece bastante con la medicina del siglo XVIII, cuando los médicos usaban sanguijuelas para extraer la sangre a sus pacientes. Todo un símil que nos hace recordar los programas de ajuste estructural de las Instituciones Financieras Internacionales.

El segundo bloque del libro, entre el capítulo quinto y décimo, puede ser tipificado continuando con las metáforas, como una crónica del viajero, en la que Sachs nos narra su periplo por el mundo en desarrollo y extrae enseñanzas y consejos, eso sí, siempre a toro pasado, de países como Bolivia, Polonia, Rusia, China, India o el continente africano, lugares en donde el autor desarrolló actividades como asesor de diferentes gobiernos en sus desesperados intentos por lograr estabilizar o dinamizar sus respectivas economías. Este bloque es perfectamente prescindible si el lector más familiarizado con los temas del desarrollo económico no se encuentra con ánimos de recordar la historia de profecías que se auto-cumplen.

Desde el punto de vista del interés en el actual debate sobre el desarrollo, el tercer bloque del libro es el que más aporta y dónde pueden encontrarse algunos elementos originales. No tanto por la novedad de lo que se dice y sí por el énfasis y el convencimiento con que se dice. En efecto, a partir del undécimo capítulo y hasta el final de la obra Sachs se zambulle en las soluciones que deben desarrollarse sobre el terreno para acabar con la pobreza, siempre en el marco más amplio de los esfuerzos de las Naciones Unidas y del Proyecto del Milenio.

El diagnóstico y los caminos para atajar el problema de la pobreza son meridianamente claros, según el autor, y existen motivos para el optimismo. De una población mundial de 6.300 millones de personas, casi 5.000 millones ya han alcanzado el primer escalón del desarrollo económico. 4.900 millones de personas viven en países en los que la renta media creció entre 1980 y 2000. El grado de amplitud de la pobreza se está reduciendo, en números absolutos y en porcentaje de la población mundial. Sin embargo, existen países y regiones que sin la ayuda de la cooperación internacional continuarán presentando graves dificultades para salir de la miseria. El esfuerzo del mundo rico para ayudar al mundo pobre es muy pequeño en comparación con los beneficios que se pueden obtener.

¿Qué necesitamos entonces? Sachs señala los instrumentos principales. En primer lugar, invertir en armas de salvación masiva (medicamentos contra el SIDA, mosquiteras contra la malaria, pozos para extraer agua potable, etc.). Además, como ciudadanos, debemos ejercer nuestras obligaciones presionando a los poderes públicos y a los poderes económicos para que se comprometan en la lucha contra la pobreza. Cinco actuaciones tendrían carácter urgente: desarrollo agrícola, inversiones en salud primaria, inversiones en educación, energía/transporte/comunicaciones, agua potable y saneamiento. También apremia la elaboración de estrategias para reducir la pobreza que deben contener cinco elementos: un diagnóstico diferencial, un plan de inversiones, un plan económico, un plan de los países donantes y un plan de gestión pública. Sin olvidar la urgencia de políticas globales de reducción de la pobreza que incluyan temas como la deuda, la política comercial global, el sistema financiero internacional, la ciencia aplicada al desarrollo y la gestión ambiental.

Sachs no es, sin duda, el doctor Pangloss del Cándido de Voltaire, aquél que vivía en el mejor de los mundos posibles. Es plenamente consciente de las dificultades para alcanzar el objetivo de erradicar la pobreza. Sabe que es posible acabar con el escepticismo de quienes repiten la cantinela de que el mundo rico no debe salvar al mundo pobre, que la pobreza es un problema de ellos, que no se puede hacer nada mientras estamos concentrados en la lucha contra el terrorismo internacional o que las elites corruptas de los países pobres impiden la llegada de la ayuda a sus destinos. Acabar con la pobreza es, en la visión de Sachs, un problema de voluntad política y nunca de ausencia de capacidad técnica.

Bruno Ayllón Pino